

ritu valeroso de la mujer del pueblo. Las tres aviadoras pertenecían a familias pobres y huérfanas en absoluto de cultura. Pero pudieron realizar heroicamente su vida, levantándose contra las adversidades y procurándose una instrucción que les dejó en condiciones de servir con fortuna en las tareas a que se dedicaron. Quitándole a este libro la parte de exaltación por la doctrina, lo cual por lo demás es natural en Rusia, tenemos un relato humano de gran intensidad dramática y a la par que lleno de enseñanzas no sólo acerca de la ciencia de la aviación, sino del carácter y de la energía que es necesario desplegar cuando se trata de vencer en una prueba tan erizada de dificultades como la que afrontaron esas tres valientes aviadoras.—D. MELFI.

<https://doi.org/10.29393/At168-135MRRE10135>

RETABLO ESPAÑOL, por *Ricardo Rojas*.—Editorial Losada, Buenos Aires

Hace treinta años, en 1908, Ricardo Rojas, el prestigioso profesor y escritor argentino, recorrió España ahondando en su alma milenaria a fin de desentrañar el misterio del pueblo ibero, cuya historia ensangrentada presenta los aspectos más complejos y contradictorios. No fué la suya actitud de turista que sólo se detuviera en lo externo y frívolo, expresando en seguida juicios superficiales y absolutos, sino la del pensador y artista que al enfocar su lente de observación en la realidad inmediata y objetiva, penetra en el espíritu de las cosas para dar la interpretación justa y exacta. Así, paisajes, ciudades, personas, instituciones, costumbres, etc., pasan ante nosotros animados por la visión subjetiva de Ricardo Rojas. No es, pues, éste un libro de viaje como esos tan frecuentes en que se detallan minuciosamente cuanto ha visto el viajero como en una guía turística.

Sintiéndose un auténtico americano con un espíritu y una cultura propios, Ricardo Rojas bucea en el pasado y presente de

España con la pasión filial de quien desea conocer la verdadera historia de sus padres desprestigiada por propios y extraños. Escrito después de treinta años de haber realizado el viaje, el tiempo en vez de empañar los recuerdos y de presentarlos con el tamiz opaco que da la lejanía, ha tenido en este caso la virtud de purificarlos de escorias superfluas y de destacar sólo aquellas observaciones realmente interesantes, las que quedaron bien guardadas en el desván de la subconsciencia esperando el soplo mágico del artista para que afloraran a la conciencia.

Lo que singulariza este libro y le da calidad relevante es el afán interpretativo de Ricardo Rojas al describirnos las diferentes regiones que recorre; y sólo él podía hacerlo porque para ello se requiere un gran acopio de erudición en literatura, arte, historia, sociología; porque muy sabido es que España se ha formado de superposiciones de diversos pueblos y civilizaciones que han llegado hasta ella en actitud de conquista. Si a los ojos del observador superficial aun subsisten estas diferencias, para Ricardo Rojas hay en todos los pueblos y regiones españolas una característica común y permanente que él denomina *iberismo*, que no es lo árabe, ni lo latino, ni lo germano, sino todo ello y además lo ibero y lo celta; civilización que se diferencia fundamentalmente de las demás de la tierra.

Escrito cuando aun ardía la hoguera de la reciente Guerra Española, Ricardo Rojas se alza por sobre las pasiones momentáneas para decir su palabra serena y erudita acerca de la tragedia de este pueblo. «Hay actualmente en España—escribe—dos conflictos que deben separarse para discriminar la verdad y sus posibles consecuencias: uno es el conflicto de intereses europeos que ha ido a reñir por lo suyo en tierra española aprovechando la crisis española, y otro es el conflicto de España misma, que pugna por crearse un estado propio». Y mientras ello no lo realice el propio pueblo de acuerdo con su idiosincrasia, no terminará jamás el hervor sangriento, a pesar de las tropas alemanas e italianas que fueron allí a imponer una modalidad política que

convenía a sus intereses. España es un pueblo con demasiada vitalidad y pujanza para que no trate de buscar por sí misma su propio destino. Para Ricardo Rojas el estado de postración en que hasta principios del presente siglo ha vivido España y las continuas guerras civiles en que se han visto ensangrentada, se deben a que desde Carlos V hasta el último de los Borbones ha sido gobernada por monarcas forasteros impuestos por potencias extranjeras, de alma distinta a la suya; monarcas incapaces de comprender el espíritu castizo del pueblo español.

Dice Ricardo Rojas que los viajes enseñan más que los libros, o al menos completan las lecciones de ellos. Sí, pero siempre que quien realice el viaje vaya premunido de un gran bagaje de conocimientos históricos, artísticos, geográficos, etc., a fin de que cada sitio o región que visita tenga la virtud de hacerle revivir todo lo que ya sabía por los libros, es decir, vitalizar, humanizar su cultura, eliminando todo lo libresco y convencional. De lo contrario, caemos en el turismo, deleznable forma de conocer los pueblos porque sólo roza lo superficial sin penetrar en la esencia. Además, es menester que el viajante vaya con el espíritu abierto a la comprensión, y tratándose de los países como los europeos, busque en ellos rastros de su pasado que se han trasmutado en cultura y no grandezas y comodidades de las cuales carecen muchos pueblos porque han sido lentos para incorporarse al ritmo violento del progreso material. El propio Sarmiento, anota Rojas, tuvo frases agrias y despectivas para España porque la encontró muy atrasada con respecto a los demás países de Europa que había visitado. No ha ido con tal espíritu Ricardo Rojas a España; por eso su libro está impregnado de cordialidad, comprensión y simpatía. Es para nosotros un excelente cicero. En su compañía hemos recorrido toda España, nos hemos detenido en sus viejas ciudades, visitado los más interesantes museos, conversando con los escritores más prestigiosos, como Unamuno, Menéndez Pelayo, Blasco Ibáñez, y otros, intimado con Rubén Darío, conocido la vida del pueblo, asistido a corridas

de toro, etc., etc. Junto a la anécdota íntima, a la conversación familiar, a la descripción pintoresca y animada, está la interpretación histórica que le da valor trascendente. La lectura de este libro tiene un doble incentivo: la gracia de un estilo, flúido, impecable, de la más pura cepa castellana, y la interpretación de la milenaria alma ibérica a través de su proceso histórico.—MILTON ROSSEL

CUENTOS PARA NIÑOS

La característica que nunca falta en la literatura primitiva es la inclinación a lo maravilloso. Aquellas conciencias, todavía infantiles, no podían concebir ciertos fenómenos naturales, como el rayo, el trueno, los huracanes y los terremotos sino como manifestaciones de seres invisibles, dotados de un poder muy grande. Nació en tal forma lo que llamamos «mitología» y todo lo que se escribía, en verso o en prosa, llevó ese carácter. Ejemplos: la Biblia, los Vedas, «Las Mil y una noches», los poemas de Homero.

Los niños de hoy, cuya potencia cerebral es semejante a la que suponemos en los adultos de hace tres o cuatro mil años, sienten también inclinación a explicarse muchos hechos mediante la intervención de genios, hadas o vestigios. Por lo mismo tal vez, sólo les interesa realmente todo relato en que aparezcan personajes prodigiosos. Y ha continuado viviendo una literatura a ellos destinada, y la que sigue utilizando las creaciones de las edades muertas.

Se haría muy mal en despreciar esta especial literatura, aunque no inventa nada, y se limite a tomar lo que la tradición ha venido transmitiendo por boca de las viejas ayas. ¿Cómo ignorar que Charles Perrault debe toda su celebridad a sus «Cuentos de hadas», en tanto que yacen en el olvido sus graves